





*—¿Me puedes contar una historia?*

*—preguntó Cole.*

*—Pero ya es muy tarde —hacia tiempo que había anochecido y era hora de dormir—.*

*¿Qué tipo de historia?*

*—Ya sabes, una que realmente haya ocurrido: una historia de verdad. Sobre un oso.*

*Nos acurrucamos y respondí:*

*—Haré mi mejor esfuerzo.*



Hace muchos, muchos años,  
casi cien años antes de que nacieras, había  
un veterinario que vivía en Winnipeg. Se  
llamaba Harry Colebourn.

*—¿Un vegetariano? —preguntó Cole—.*

*A los osos no les gustan las verduras.*

*—No, un veterinario; un veterinario  
es un doctor de animales.*

*—Ya sé, ya sé —dijo Cole—, eso voy  
a ser cuando sea grande: veterinario.*

Si un caballo tenía hipo o una vaca  
pescaba un resfriado, Harry sabía cómo  
curarlos. Las manos de Harry nunca  
estaban frías, ni siquiera en Winnipeg,  
donde los inviernos son tan helados que  
se forman carámbanos dentro de la nariz.  
Así de buen doctor era Harry.







Pero llegó el día en que Harry se tuvo que despedir de Winnipeg. Había estallado una guerra, más allá de las fronteras de su país, del otro lado del mar, y él iría a ayudar en lo que pudiera. Y en lo que podía ayudar era cuidando los caballos de los soldados.

Harry se trasladó al este en un tren repleto de soldados. Recargaba la cabeza contra la ventana y veía pasar el paisaje; pensaba en cómo sería estar tan lejos de casa.

